Revista de Estudios Taurinos
N.º 39, Sevilla, 2016, págs. 103-120

CRONISTAS SALMANTINOS QUE HAN HECHO HISTORIA Y SU REALIDAD TAURINA

Beatriz Montejo*

I. INTRODUCCIÓN

rónica, crítica, periodismo, opinión, información… son conceptos bien definidos y diferenciados que pierden nitidez cuando de escribir de toros se trata. Esto es así porque en el toreo existen pocas verdades absolutas. Como tantas veces en las artes, hay más de intensidad e interpretación que de objetividad. Federico M. Alcázar (1890-1948) lo definió con exactitud, desde su personalísimo estilo teorizante y reflexivo, donde el acto informativo era prácticamente secundario, como una *fiesta de sensibilidad, entendimiento, pasión y concepto*.

Necesariamente, la crónica taurina ha evolucionado, igual que inicialmente la función del capote era hacer el quite a los picadores, la de la muleta preparar al toro o las enfermedades comunes de toreros antiguos la tuberculosis y la sífilis. Sin embargo, y necesariamente también, continúa articulándose sobre algunos principios fundamentales, como por ejemplo:

- La inmediatez o carácter de urgencia con que se escribe, donde nada es previsible. Por eso la pasión se traduce en hipérbole cuando la plaza se pone *patas arriba*, o se echa mano del recurso y la técnica para construir una crónica decorosa en las tardes de tedio.

---

* Cirujano/Jefe del equipo médico taurino. Profesora Adjunta de la Universidad Pontificia de Salamanca.

- La importancia de lograr la simbiosis entre lo que sucede en el ruedo y lo que se transmite. A esto se llama emoción y es lo que da velocidad a la letra, pálpito a un relato que al final sucumbe a la tentación literaria, a veces aquilatada con firmas de diferentes pelajes, personajes y personalidades y otras tantas fundamento de recopilatorios y antologías. Es por ello que aunque el corazón clandestinamente no se posicione digno y neutral, se termina logrando la amnistía.

- En la Fiesta, y por ende en la crítica, la decadencia resulta una problemática eterna y recurrente. Desde siempre ha existido una corriente de revisteros pesimistas, machaconamente empeñados en el infortunio. En 1919 ya Corrochano hablaba del afeitado (técnica, utensilios y consecuencias) y *Don Lance* hacía lo propio con el toro chico y sin trapío. Sin embargo, no todo han sido penas en un valle de lágrimas. Y si no, que le pregunten al Duque de Veragua (quien de 1200 cabezas sacaba unos 120 toros al año), por quien se bautizó al antiguo billete de 1000 pesetas como *un veragua*, al ser el primero que, según se dice, cobró 4000 reales por un toro. O al Conde de Santa Coloma (D. Enrique Queralt, en una proporción similar, de 900 cabezas conseguía 10 u 11 corridas), quien afirmó que a él la ganadería sólo le había proporcionado satisfacciones y dinero.

Como los cinco califas cordobeses, escuela de personalidad y estoicismo, cinco han sido los vínculos entre Salamanca y su información taurina que han justificado este breve análisis.

Todos ellos, desde la afición o por la profesión, tuvieron o adquirieron los suficientes conocimientos para no tener que recurrir a la retórica en vez de a las ideas. Probablemente se torea como se es… y se escribe como se es. Por eso, cada uno de estos autores desnudó su personalidad en textos que tienden en mayor o menor medida a la austeridad, que prescinden de lo superfluo, sin manierismos ni cursilerías. Pero haciéndose diferentes a su vez, individualmente, por las distintas formas de

entender la vida y el toro: desde la libertad y la inquietud cultural del momento, con ironía y sagacidad, con tendencia sentenciosa, con sabiduría y *mala leche* o con un corte informativo predominante.

Y como el toro y el tiempo, que ponen a cada cual en su sitio, también lo hace aquello que se marca a fuego o a tinta, porque permanece para siempre. Esa autoridad, un tanto vanidosa, que otorga la potestad de moldear el pensamiento del lector desde las páginas de un diario, en ocasiones les hizo perder la prudencia en favor de la osadía. Exaltaron la falta de condiciones y cualidades, pronosticaron la carencia de futuro y mandaron prematuramente a casa (y sin coleta) a dos entonces novilleros: *El Timbalero* a Domingo Ortega, mientras que *Don Lance* hizo lo propio con *El Viti* tras un festival benéfico en La Glorieta, en favor de las Hermanitas de los Pobres (como después le sería recordado en plena revancha semántica).

II. José Sánchez Gómez *El Timbalero* (1884-1936)

Así las cosas y manteniendo el orden de la lidia, es a D. José Sánchez Gómez, ese *Timbalero*, a quien corresponde abrir este cartel.

Informativamente, se sitúa en la época de Corrochano, otro de los grandes porque sus obras (como *Qué es torear*, escrita y re-escrita en 1953 y 1966 respectivamente) tienen actualidad, magnetismo, ciencia y pedagogía. A quien Torcuato Luca de Tena dijo, al hacerlo cronista de *ABC*: «De momento, me basta con que no confunda usted las banderillas con el estoque». En esa época dorada del toreo, jaleó la intuición y capacidad de *Joselito*. Cantó también la revolución belmontina, arranque del toreo moderno, ese enroscarse el toro a la cintura en terrenos antes prohibidos (como tanto se ha dicho de José Tomás).

Su retrato se dibuja como primer crítico taurino de Salamanca. Ingresó como aprendiz de imprenta en el diario *El*

Adelanto a los 14 años, para después ejercer la labor informativa con total entrega y crecer hasta redactor jefe. Fue un hombre amable, culto, con aspecto personal cuidado, que supo granjearse con naturalidad la simpatía de los salmantinos, alcanzando una gran popularidad. Ideológicamente republicano, se posicionó próximo al socialismo y la discrepancia fue una constante con Miguel de Unamuno. Su desgraciado final fue el de los trágicos («o estás conmigo o estás contra mí») y le fusilaron durante la Guerra Civil.

Fue un periodista con presteza, fiel y culto, ejemplificando cómo el respeto y la admiración se consiguen, no se imponen. Generalmente escribía en la redacción, pero, como buen conversador, era hombre de tertulia y de café, de *El Suizo* y *El Novelty* (aún hoy, en plena Plaza Mayor), desde donde elaboraba solamente, y mientras cenaba, las crónicas de nuestra feria en honor a la Virgen de la Vega. Su obra tiene garbo, al tiempo que es de tono afable y aséptico: él habla de toros y toreros, destacando lo positivo y diluyendo la censura. Dedica escaso tiempo, atención y palabras a personas, aledaños o circunstancias.

La narración es nítida, sus juicios sencillos, y la actualidad y la anticipación sus ejes en la forma de entender y ejercer la profesión: «La primera información ha sido la mía, el primer periódico El Adelanto y la primera provincia Salamanca», escribió tras contar la muerte de *Joselito* sucedida el 16 de mayo de 1920 en Talavera de la Reina. (*Bailador,* un toro negro, de 5 años y 260 kg de la Viuda de Ortega, le propinó una cornada en el abdomen por la que se evisceró el intestino delgado), y la de *Granero* (quien sufrió un traumatismo craneoencefálico por un toro cárdeno *bragao* con el hierro del Duque de Veragua y de nombre *Pocapena*, en Madrid el 7 de mayo de 1922).

¿Independiente? Tenía sus afinidades, sus filias y sus fobias, pero visitaba poco a toreros, apoderados y ganaderos, así que saquen sus propias conclusiones. Si para Manuel Jiménez

Chicuelo (sevillano, torero de pellizco) todo eran *parabienes*, comparó a Vicente Barrera (valenciano) con un bailarín, puesto que, al parecer, en ninguna ocasión le vio clavar las zapatillas. Tampoco dejaba lugar a la duda en su comprometida defensa de los hierros salmantinos, en especial de la divisa de Graciliano Pérez Tabernero.

Publicó algunos libros, como *Los toros de mi tierra* (1912) o *El toro de lidia y el arte de torear* (1915). Puesto que ambos

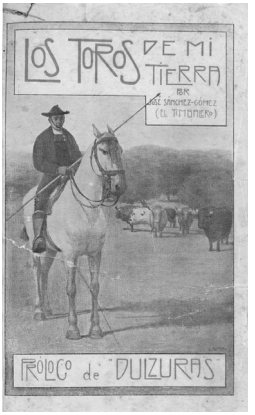

Fig. n.º 19.- *Portada de Los toros de mi tierra*. Las imágenes de este artículo han sido facilitadas por la autora del mismo.

se agotaron, en 1920 revisó y actualizó una nueva edición del primero (*Los toros de mi tierra*), prologada por Corrochano. Solo la adrenalina de la incertidumbre política del país hambriento y acongojado le llevó transitoriamente al hastío taurino, en las vísperas de su terrorífico final.

«¡No te me distraigas Corinto!», increpó en una ocasión al crítico del diario nacional *La Voz*. Sucedía tras una corrida de feria un 13 de septiembre. Ocurrió que este *Corinto y Oro*, impetuosamente, narró seis toros que nunca salieron a la arena. ¿No prestó atención? ¿O se trataba de una faena preconcebida,

con la crónica prefabricada de antemano? ¿Condicionado por qué y/o por quien?. Y así se lo hizo saber *El Timbalero* desde su tribuna.

Posteriormente, ha dado nombre al doble galardón que se concede desde el año 1995, con periodicidad anual: al mejor trabajo periodístico publicado y a la mejor fotografía conseguida durante la feria de Salamanca.

III. Alfonso Hortal López *Don Lance* (1913-2004)

A veces los acontecimientos se suceden de forma singular. Y así, Alfonso Hortal fue bautizado como *Don Lance* en el lugar que resultó ser el precursor de las comidas rápidas en forma de patatas fritas, huevos y filetes en la época de *El Timbalero*. Se trataba del *American Bar*, situado en las proximidades de la Plaza Mayor.

En nómina de *La Gaceta*, su auge fue creciendo de los 60 a los 80, especialmente en los años 70, cuando el trono y cetro del toreo se repartían entre aquellos toreros poderosos y comprometidos que administraban a cada toro su lidia, más artística o más sobrecogedora, pero basada siempre en el toreo fundamental: *El Viti*, Paco Camino, Diego Puerta, Jaime Ostos, a quienes habían dado paso Antonio Ordóñez y Luis Miguel *Dominguín*. Y ahí estaba también, con sus connotaciones y contradicciones, ese fenómeno social que fue *El Cordobés*, constantemente envuelto en la polémica y en la gresca.

Las figuras se rifaban los bombones de Galache, y el apellido Pérez-Tabernero, diversificado en un buen puñado de ganaderías familiares, brillaba en hierros de máximo relumbrón. De ellos, el mayor exponente había sido don Antonio (Pérez-Tabernero Sanchón), alma y motor de San Fernando, ganadero de toros hondos y bajos, dueño de la vacada que más toros ha lidiado en el ruedo venteño y la que en mayor número de ocasiones estoqueó Manuel Rodríguez *Manolete*. Fue por tanto en

San Fernando, núcleo, sístole y referente del taurinismo de la época, donde se conformaban extensas camadas de *apés* en un ejercicio de inteligencia y adaptación de su señor a los requerimientos del toreo contemporáneo, ligado, en redondo y de mano baja, implicando, por tanto, seleccionar toros de mayor duración.

Por entonces, ya comenzaba a hablarse del momento delicado que atravesaban las ganaderías, porque sobraban muchas reses, así como porque se iniciaba la imposición del

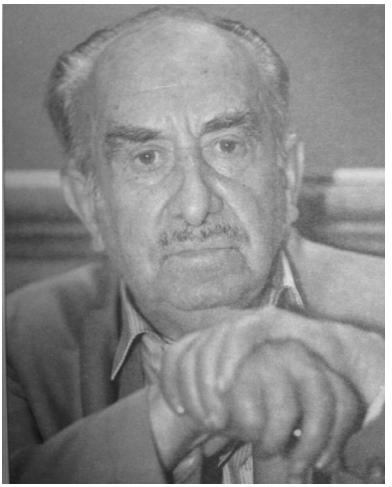

Fig. n.º 20.- *Fotografía de Alfonso Hortal Don Lance*.

toro comercial: la bravura ardiente y rabiosa y la casta progresivamente se iban sustituyendo por el son del toro noble, con poquita fuerza y de embestida *suavona*.

Con *Don Lince*, apodo-paranomasia inspirado en su sagacidad, sucedía como cuando Belmonte (torero de la generación del 98) se ponía el traje de plata: que había que atarse los machos. Se caracterizó por *no casarse con nadie* y carecer de amigos en el mundo del toro. En su estilo, severo pero sin mal

tono, sin malos usos y sin malos modos, predominaron las faenas de castigo sobre las de aliño ejecutadas con frases cortas de conceptos claros. Todo cuanto sucedía en el albero tenía un nombre o una definición y no necesitaba alharacas ni rodeos. Por ello, esa redacción tan directa y tan sencilla (que no es lo mismo que simple) hacía que cuanto escribía resultara verosímil, aunque pudieran existir diferencias de opinión.

Su inteligencia punzante, mordaz y cáustica creó una nueva terminología taurina rápidamente adoptada en el argot popular: denominó *El bicho* a Navalón; postuló el *anticiclón Chopera* para referirse a cómo los empresarios resultaban cada feria venturosamente beneficiados con una meteorología favorable; o llamó *corrida eclesiástica* a la de cualquier hierro de la familia Fraile.

Escribió su última crónica en *La Gaceta* en 1983, aunque después continuó vinculado al taurinismo escrito opinando en sus columnas *Al relance* y *Balconcillo*. En su honor se instauró el premio *Don Lance* en 1994, con el que este diario reconoce al triunfador de la feria salmantina.

IV. Enrique de Sena Marcos 1921-1988)

El siguiente protagonista, Enrique de Sena, fue coetáneo de *Don Lance* y Cañabate, defensores de la emoción de un toro con genio sometido por el mando y el arte de un torero valiente, y del descrédito de los triunfos que se miden con pañuelos y se premian con orejas. Ya se hablaba con sorna de los toros bondadosos, cándidos e inocentes.

En 1960-1970, la afición se repartía entre el toreo de siempre y de verdad de *El Viti*, eje de la tauromaquia, sereno e impávido; la desenvoltura cabal, la técnica y la regularidad en la lidia de Paco Camino; o el pundonor de Diego Puerta, esa mezcla de vergüenza torera y testosterona que le llevaba a jugarse el pellejo. La otra media España se volvía tarumba con *El Cordobés*, tan

controvertido, con su indolencia y heterodoxia, siempre perseguido por la sombra del abuso y siempre sometido a la crítica feroz, que lo consideraba el *antitoreo*: *codillea, da medios pases, no para quieto*.

Los toros de las dehesas de Salamanca eran la expresión del rumbo y del postín, con una buena representación en las principales ferias. Cuando alguien, desde la nada, con la honradez en el trabajo o en el trato, fragua un patrimonio importante, indudablemente es listo. Éste fue el caso de Lisardo Sánchez, quien reunió partiendo de cero casi 20000 hectáreas. De quien mi abuelo Benigno Montejo, conocedor como nadie de cada rincón del campo charro, tenía mil anécdotas para recrear su biografía, desde la admiración y la deferencia que despiertan los trabajadores infatigables y con carisma. En 15 años, esparció la ganadería desde Botoa (Badajoz) a Esteban Isidro (Salamanca), por los alberos de Sevilla a Madrid. En ocasiones, compitió en triunfos y superó a su antecesor histórico, Atanasio Fernández (quien partió de la genética Carriquiri, para después redefinirse con sangres del Conde de la Corte, Tamarón y Parladé), hierro de gran prestigio con cuna en Campocerrado, donde mandaban los cromosomas sobre el fenotipo para seleccionar esos toros *grandotes* y abantos de salida pero que iban de menos a más, marcando la cadencia de las grandes faenas.

El recorrido profesional de Enrique de Sena estuvo vinculado a los dos rotativos principales de la ciudad: inicialmente *La Gaceta*, donde entró como *recadero* tras la Guerra Civil, llegando a ser redactor jefe, y desde donde, en 1970, saltó a *El Adelanto* como director, cargo y periódico donde se jubiló. Su incursión en el periodismo taurino fue por mera obligación, siendo el claro ejemplo de cómo el toreo no puede entenderse, sólo sentirse: ni tenía afición ni la adquirió. El deber manda, así que en un ejercicio de sabiduría, ética y profesionalidad se hizo con una biblioteca taurina de envergadura y se rodeó de los pro-

tagonistas pertinentes para resolver dignamente la papeleta. Y vaya si lo consiguió.

Prendado de la Plaza Mayor (a la que dedicó más de un centenar de artículos recopilados en el volumen *La Plaza: escenario y seducción*) y salmantino convencido, no dudó poner en sus escritos el desdén más mortificante en relación a las corridas de toros que se celebraron en nuestra plaza principal en los años 1972 (a beneficio de la Cruz Roja, toreando Alvaro Domecq –rejoneando-, Gabriel de la Casa y José Falcón. Con toros de Francico Galache, Eusebia Galache y Manolo Arranz) y 1992 (con motivo de la Feria Universal Ganadera, con toros de Sepúlveda para *Niño de la Capea*, César Rincón y Víctor Mendes). Lo entendió como un agravio y una sinrazón, y no encontró justificación práctica, estética y mucho menos económica. Fue el primer presidente del jurado del premio Timbalero, que en dos ocasiones fue concedido a Pereletegui y una a Navalón, otros dos de los protagonistas de este pequeño homenaje.

En cuanto a escritos taurinos, firmados bajo diferentes pseudónimos (entre ellos *Clavero*), fundamentalmente a la cabecera de los suplementos de *El Adelanto* durante las ferias, se percibe un registro que difiere un poco del resto de su obra. En ellos, predominó la soltura del oficio bien aprendido sobre la plasticidad. No obstante los bríos en la redacción y la palabra enérgica sin desaliento lo alejaban en estos menesteres de la rutina sin imaginación.

Sus crónicas mostraban un perfecto planteamiento analítico, para reflejar el toreo exacto, construidas al mismo ritmo y en el mismo terreno que la faena. Eran escritas desde el sentido común: cursilerías de justificación artística, las justas. Utilizaba la corrección en el lenguaje para exaltar lo bueno y virtuoso sin remilgos ni aspavientos, sin caer en la monotonía. Cuanto había sucedido en el ruedo era métricamente medido, recreándose en la riqueza del mundo del toro que lo envolvía, donde contaba

con grandes amigos. Cuando pudo abandonar la sección taurina, no volvió a pisar una plaza de toros.

V. ALFONSO NAVALÓN GRANDE (1933-2005)

El siguiente espada es Alfonso Navalón Grande, probablemente el mejor conocido de los aficionados y del público en general. Y lo primero a reseñar es que cuando se introduce su nombre en un buscador de internet, aparece un abultado número de referencias. La traducción periodística y literaria de esto es que es el único de los cinco autores cuya obra, sólo en parte, ha sido compilada en las antologías al uso.

El recuerdo fácil, rápido y demagógico que viene a la cabeza de cualquiera al pronunciar este nombre es el de la beligerancia y la trifulca. Hombre de gran cultura e inteligencia, estudiante de Derecho, trabajó en diferentes medios escritos (nacionales y locales), de algunos de los cuales (como *Diario 16* o *Tribuna de Salamanca*) salió de forma tormentosa. Igual de rápido y hábil con la pluma que con la lengua, era un buen comunicador y conversador y un rival casi invencible en la oratoria.

Alcanzó su mayor apogeo y repercusión en 1980-1990, décadas de los malogrados *Paquirri*, *Manzanares* y Julio Robles, el arrojo y desparpajo de *Capea,* Paco Ojeda y, posteriormente, César Rincón, *Espartaco* y *Joselito*. Sus enfrentamientos con José Mari *Manzanares* y el *Niño de la Capea* fueron muy sonados, porque con estos diestros pasó del amor al odio, de ser amigo y mentor a la enemistad más encarnizada. Trasladó las diferencias que debieron ser sólo profesionales al terreno personal, sin que trascendiera una explicación pública y convincente de esta metamorfosis.

En *Informaciones*, un diario madrileño tachado de inconformista, encontró *la horma de su zapato*. Y también en los círculos taurinos más reivindicativos de Las Ventas, que *le hacían la ola* casi con abnegación al pregonar su intransigencia frente a

las tropelías, fundamentalmente respecto al afeitado. Autoproclamando su rigor e independencia (a falta de modestia y humildad, puesto que esto deben decirlo los demás), su arrojo y su discurso de lucha contra el fraude taurino le granjearon la simpatía del núcleo duro de Madrid, de donde lo sacaron en alguna ocasión a hombros por la puerta de arrastre.

Aunque probablemente a él no le gustaría, no puedo menos de recordarlo con melancolía, puesto que el fin de sus días profesionales (con la implicación en lo personal que ello pueda acarrear) fue de absoluto desamparo. Pero no se equivoquen: pese a esto, tiene todo mi respeto, no mi compasión.

Y para hablar de la obra de Alfonso Navalón hay que hacerlo de lo uno y de lo otro, de lo bueno y de lo malo, porque de lo contrario no habría ni justicia ni coherencia. No podría resumirse en una sola palabra, tendrían que ser dos: talento (enorme) e intensidad, puesto que sus escritos siempre fueron rotundos, sin preámbulos ni excusas.

En su mejor época, escribió crónicas a la parrilla: crujientes, sabrosas, sin salsas ni aderezos, como esas faenas volcánicas que azotan, rugen, laten, estallan. Dos de las más recordadas, por antagónicas, fueron *Una encina en la Maestranza* y *Viti, vete*. Sin embargo, y como apuntaba con anterioridad, escribiendo de toros, campo y costumbre, su sabiduría y su redacción alcanzaron rango de cátedra. Su obra culmen, *Viaje a los toros del sol*, recorre una selección de casas ganaderas salmantinas y andaluzas emblemáticas, en una auténtica lección de estilo y de exquisitez léxica, salpicada con ocurrentes chascarrillos. Como resultado, cada uno de estos capítulos es la excepción a aquello de que *una imagen vale más que mil palabras*. Lástima que nadie se haya decidido a recopilar la totalidad de su obra periodística.

Con posterioridad, aparecería la otra cara de la moneda: esos escritos feroces con renglones amargos y de filo hiriente, que arrojaban palabras como si fueran piedras. Como los niños prodi-

gio o jóvenes ingeniosos a quienes llega un éxito abrumador demasiado pronto o sin preparación para asimilarlo, no supo gestionar la autoridad que alcanzó en la crítica taurina. Y en su pecado, que fue la soberbia, llevó también su penitencia. La decadencia comenzó cuando sustentó sus escritos sin pudor alguno desacreditando a alguna figura del momento. No fue Navalón el inventor de esta estrategia, sino que ya era conocida la obstinación de algunos escritores, como anteriormente *Don Pío* (Alejandro Pérez Lugín, 1870-1926), autor que firmó obras nove-

Fig. n.º 21.- *Fotografía de Alfonso Navalon con Carlos Manuel Pereletegui Vicente.*

lísticas como *Currito de la Cruz* y que estuvo en nómina de distintos periódicos (sustituyendo por ejemplo, a *Don Modesto* –recordado por su ingenio, pluralidad y capacidad de influencia- en *El Liberal*); escritores que quisieron ser famosos a costa de estridencias.

Y si en la vida todos nos retratamos con nuestro comportamiento, con lo que decimos y hacemos, fue una pena que este autor, con toda su inmensidad y plenitud en habilidades, cuali-

dades y conocimientos, finalizase su vida como crítico forjado más en las pasiones que en el deber de información y el respeto a la verdad. Aunque, como en el prefacio de su biografía firmada por Paco Cañamero relata Alberto Estella, testigo directo, «murió pidiendo perdón».

VI. Carlos Manuel Pereletegui Vicente (1936-2006)

Y en el toro del quite del perdón precisamente, cierra el cartel Carlos Manuel Pereletegui, de trayectoria ligada al ya desaparecido rotativo salmantino *El Adelanto* durante más de 30 años. Aunque fue este diario el eje de su actividad, colaboró con las principales publicaciones especializadas de la época, como *El Ruedo,* y estuvo vinculado durante más de 40 años a la revista nimeña *Toros*.

Al igual que Navalón, probablemente la parte culminante de su trayectoria correspondiera a las últimas décadas del siglo XX. Por entonces, *Paquirri*, dueño de un toreo con pocas delicadezas y nada afligido, pero de sumisión, seguridad y oficio, se redimía abriendo esa Puerta del Príncipe que los sevillanos solo quieren para Pepe Luis, Curro, *Morante* y alguno más. Y también *Espartaco*, el coraje arrollador en forma de desplante y arrimón. Y se escribía el ocaso dorado de *Antoñete*, con su rito, su aroma, su leyenda y su solera.

A principios de los 90, un jovencísimo Enrique Ponce encandilaba a las masas con su estética y sus ideas despejadas, para convertirse en ídolo durante más de 20 años. De forma natural y progresiva, *Espartaco* le cedía el puesto, conquistado con su toreo de raza y desplante. *Joselito* nos hacía temblar hondo, frío, sobrio y macizo. *Jesulín* se subía al pódium con temporadas maratonianas, de muchas corridas y cientos de toros, con un planteamiento profesional, acertado o erróneo, él sabrá, donde colgó el "no hay billetes" a expensas de espectáculos fuera y a veces dentro de las plazas muy cuestionables.

Taurinamente, le costó bien caro: el reconocimiento a la largura y temple de su toreo fue el escarnio público más inmisericorde. En Salamanca, José Luis Ramos apuntaba pero no disparó y José Ignacio Sánchez ilusionaba a fuego lento.

En el panorama ganadero, Juan Pedro Domecq y familia, artífices del monoencaste, inundaban fincas y dehesas con sus toros artistas. Todo se justificaba cuando de los *saltillos* de Victorino Martín se trataba: igual daban, igual valían los bravos que las alimañas. En general, los toros se caían de forma alarmante y las gargantas rugían contra el fraude en forma de serrucho. En *Charrilandia* y tras unos años en el dique seco, Atanasio Fernández luchaba por resurgir (sus reses propiciaron grandes triunfos a Antonio Ordóñez y Palomo Linares, como las dos orejas y rabo que cortó en Madrid a *Cigarrón*) y cotizaba la regularidad de Sepúlveda.

En este contexto, Pereletegui ejerció un periodismo descriptivo y explicativo, de finalidad educativa, sin *postureos*. Con una identidad mucho más científica y cerebral que intuitiva y visceral. Iba al lío, al turrón. En invierno y en temporada, escribía sus artículos desde los medios, ayunos de ostentación, sin buscar el agrado ni el abrigo de las tablas. Durante la feria, ponía razones y conocimientos a merced de la disección toro a toro, que resolvía como una ecuación de cuatro variables: trapío, comportamiento, evolución y resultado. En esas mismas páginas, músculo del suplemento especial festivo, desde la coherencia componía el relato ordenado de la realidad sobre el albero, utilizando un planteamiento más de sintaxis que de *compadreo*. Prefirió la sobriedad de la libreta de tapas de hule al relumbrón del formato de coloquio, y el sarcasmo fue su medicina cuando se padecía de indigestión de abusos. Esa sistemática de rigor en el cometido tampoco tuvo excepción en septiembre de 1992: mientras Salamanca estaba en plena ebullición, *Avioncito* partía el corazón de Ramón Soto Vargas, con El Arenal aún en duelo

por Manolo Montoliú. Ni siquiera entonces la fatalidad, siempre presta al oportunismo, le permitió una sola concesión.

La devoción *torista* le hizo caer en contradicciones aparentes, por dedicar palabras y energía, casi hasta la vehemencia, a la lucha rigurosa en este convencimiento. Al mismo tiempo, se conmovía con diestros como Rafael de Paula, lábiles, irregulares, complejos dentro y fuera del platillo, puro sentimiento, máximos exponentes del genio, el arte y el duende.

Su talante mesurado y adusto resolvió por derecho las desavenencias acontecidas por su opinión y su rúbrica, como en un pacto de caballeros. En aquellas ocasiones, racionalmente demostradas, en las que se mostró excesivo en el ímpetu de su *torismo,* supo escuchar y entender. Y así, fue esta capacidad de empatizar la que le procuró la deferencia y el respeto de sus detractores.

El nexo y la pluralidad de su obra literaria también resultan casi paradójicos. Su vena poética pudo explayarse en los versos recogidos en *De frente y de perfil*. Su precisión, en el diccionario *Toreros de Salamanca*, resultado de la investigación y síntesis biográfica del censo de toreros coetáneos, auspiciados y espoleados en estas tierras por la convivencia con el toro. Y su romanticismo, en la biografía novelada *José Sánchez Gómez El Timbalero*. *Ensoñación bibliográfica*. En este retrato, la primera anécdota es la página en blanco como prólogo que, por enfermedad y fallecimiento, nunca llegó a firmar Enrique de Sena. En el argumento, la gallardía ante la vida, la prestancia en la tarea de escribir de toros y el sinsentido de un final de hiel en una sierra baja de encinas.

BIBLIOGRAFÍA

Amorós A. (2008): *Luis Miguel Dominguín. El número uno*. Madrid. La Esfera de los libros.

Cañamero F. (2010). *Alfonso Navalón: Escribir y Torear*. Editorial Sombras Chinescas.

Corrochano G. (2009): *¿Qué es torear? Introducción a la tauromaquia de Joselito y de Domingo Ortega*. Barcelona. Ediciones Bellaterra.

Díaz-Cañabate A. (1988): *Historia de una taberna*. Madrid. Espasa Calpe.

Domecq y Díez A. (1990): *El toro bravo*. Madrid. Espasa Calpe.

Domecq J.P. (2009): *Del toreo a la bravura*. Madrid. Alianza Editorial.

Jalón C. (1972): *Memorias de Clarito*. Madrid. Ediciones Guadarrama.

Navalón Grande A. (2005): *Viaje a los toros del sol*. Madrid. Alianza Editorial.

Pereletegui Vicente C.M. (1993): *Toreros de Salamanca (desde Julián Casas "El Salamanquino" hasta la Escuela de Tauromaquia*). Salamanca. Librería Cervantes.

_____ (2002): *José Sánchez Gómez El Timbalero. Ensoñación bibliográfica*. Salamanca. Anthema Ediciones.

Vidal Vizcarro J. (2002): *Crónicas taurinas. Joaquín Vidal*. Madrid. Ediciones Aguilar.

Villalón F. (1986): *Taurofilia racial*. Madrid. Ediciones El Observatorio.

Villán J. (1992): *El mundo de los toros en 103 crónicas*. Madrid. Ediciones Endymión.

_____ (2006): *La crítica taurina. Antología*. Madrid. Mare Nostrum Comunicación.

Zabala de la Serna y otros autores (2003): *Las taurinas de ABC*. Madrid. Ediciones Luca de Tena.

Periódico *El Adelanto* de Salamanca. Hemeroteca.
Periódico *La Gaceta* de Salamanca. Hemeroteca.
Periódico *Tribuna* de Salamanca. Hemeroteca.